

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año L, número 19 (2.566)

Ciudad del Vaticano

11 de mayo de 2018

Catequesis en la audiencia general
de los miércoles



Considerar la grandeza
de la vocación cristiana

La semana del Papa

Rosario



*Santa María,
Reina del Rosario,
implora la misericordia
de Jesús para todos nosotros
pecadores*

(@pontifex_es, 8 de mayo, 12:00)

Conversión



*Señor, convierte
nuestros corazones
para que aumente la caridad
en la tierra*

(@pontifex_es, 7 de mayo, 13:30)

Prójimo



*Cada
ofensa o herida
o violencia al cuerpo
de nuestro prójimo, es un
ultraje a Dios creador*

(@pontifex_es, 5 de mayo, 14:30)

Obras de caridad



*Cumplir con
alegría obras de
caridad hacia los que sufren
en el cuerpo y en el espíritu
es el modo más auténtico de
vivir el Evangelio*

(@pontifex_es, 4 de mayo, 13:30)

Oración por los laicos

El Papa pide rezar por los fieles laicos y su misión en la Iglesia en su videomensaje con las intenciones de oración del mes de mayo. Y subraya que «los laicos están en primera línea de la vida de la Iglesia». Francisco también recuerda que necesitamos el testimonio de los laicos «sobre la verdad del Evangelio y su ejemplo al expresar su fe con la práctica de la solidaridad». El Papa exhorta a que pidamos juntos «para que los fieles laicos cumplan su misión específica». Y además pone en valor esa tarea «que han recibido en el bautismo, poniendo su creatividad al servicio de los desafíos del mundo actual».

El Pontífice anima a dar gracias «por los laicos que arriesgan, que no tienen miedo y que ofrecen razones de esperanza a los más pobres, a los excluidos, los marginados». El Video del Papa es una iniciativa global desarrollada por la Red Mundial de Oración del Papa (Apostolado de la Oración) para colaborar en la difusión de las intenciones mensuales del Pontífice sobre los desafíos de la humanidad.

Al Congreso internacional de Vida Consagrada

Hoy suceden tantas cosas que, para no perderse en este mundo, en la niebla de la mundanidad, en las provocaciones, en el espíritu de guerra, necesitamos criterios que nos guíen en el discernimiento. Lo aseguró el Papa Francisco al inicio del discurso que dirigió a los participantes del Congreso internacional de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, el 4 de mayo. Recordó que el Espíritu Santo no se cansa de ser creativo, y se preguntó qué cosas son las que el Espíritu quiere que se mantengan fuertes en la vida consagrada. A ello respondió con tres «P». Oración (preghiera, en italiano), pobreza y paciencia. La oración, dijo el Papa, es volver siempre a la primera llamada. La oración de un consagrado «es volver al Señor que me ha invitado a estar cerca de Él», explicó Francisco. Asimismo, aseguró que la oración en la vida con-

sagrada es el aire que hace respirar esa llamada y sin este aire «no podremos ser buenos consagrados». Respecto a la pobreza, el Papa Francisco señaló que san Ignacio dijo que «la pobreza es la madre, es el muro de contención de la vida consagrada». Sin pobreza —subrayó— no hay fecundidad en la vida consagrada. «Es un muro, te defiende», añadió el Pontífice. Al mismo tiempo, reconoció que sin pobreza no podrán nunca discernir bien qué está sucediendo en el mundo. Finalmente, habló de la paciencia. Mirando a Jesús —explicó Francisco— la paciencia es lo que tuvo para llegar hasta el final de su vida. «Entrar en paciencia» como hizo Jesús en el Huerto de los Olivos «es una actitud de toda consagración, que va de las pequeñas cosas de la vida comunitaria o de la vida de consagración, que cada uno tiene, en esta variedad que hace el Espíritu Santo», precisó. Y pidió paciencia en la vida comunitaria y también frente a los sufrimientos del mundo.

Visita a la parroquia romana del Santísimo Sacramento

Francisco realizó el domingo 6 de mayo una visita a la parroquia del Santísimo Sacramento en el barrio Tor de Schiavi en Roma e inauguró allí un hogar para huérfanos discapacitados que se llamará «Casa de la alegría». Además, durante la misa que celebró allí, el Papa también impartió el sacramento de la confirmación a Maya, una niña de casi doce años que padece una enfermedad similar a la del pequeño Alfie Evans, y a su madre, Paola. Durante la homilía, en la que comentó el evangelio del VI domingo de Pascua, recordó que «el Señor nos ama siempre primero, y una muestra de su amor es habernos donado a su Hijo Jesucristo». A continuación explicó que permanecer en el amor de Dios «es hacer lo que Jesús ha hecho por nosotros. Él ha dado su vida» precisó y añadió: «Él se hizo siervo nuestro, ha venido a servirnos. Permanecer en su amor significa servir a los demás, estar al servicio de los demás por amor». También puntualizó qué es el amor: «no es lo que vemos en las películas. El amor es otra cosa». Y agregó que es un sen-

timiento que es concreto, se ve en las obras y no en las palabras. «El amor es hacerse cargo de los demás. El amor no es tocar violines, de modo romántico. No. El amor es trabajo», reflexionó. Y exhortó a pedir al Señor que «permanezcamos en el amor y que entendamos que el amor es servicio». Después de concluir la misa y antes de regresar al Vaticano, el Papa se despidió de los fieles que se habían reunido en la plaza del barrio, junto a una pantalla gigante que se instaló para seguir la retransmisión de la misa de Francisco.

Visita a Nomadelfia y Loppiano

El Pontífice visitó Nomadelfia, en la diócesis italiana de Grosseto, el jueves 10 de mayo, para reunirse con la comunidad fundada por don Zeno Saltini. Nomadelfia —aseguró el Papa en su discurso— es una realidad profética que se propone realizar una nueva civilización, cumpliendo el Evangelio como forma de vida buena y bella. Y aseguró que la «Ley de la fraternidad» que caracteriza su vida, fue el sueño y el objetivo de toda la existencia de don Zeno, que deseaba una comunidad de vida inspirada en el modelo delineado en los Hechos de los Apóstoles. «Frente a un mundo que a veces es hostil a los ideales predicados por Cristo, no dudéis en responder con el testimonio alegre y sereno de vuestra vida», concluyó.

Al finalizar la visita, Francisco se dirigió a Loppiano, para un encuentro con el movimiento de los focolares. Respondiendo a tres preguntas que le realizaron, el Papa aseguró que el carisma de la unidad es un estímulo providencial y una ayuda poderosa para vivir la «mística evangélica del nosotros». Además, les aconsejó educarse y ejercitarse en tres lenguajes a la vez: de la cabeza, del corazón y de las manos. «Es necesario aprender a pensar bien, a sentir bien y a trabajar bien», observó el Papa. Finalmente, indicó que las urgencias, a menudo dramáticas, que nos interpelan desde todas las partes «no pueden dejarnos tranquilos, sino que nos piden el máximo, confiando siempre en la gracia de Dios».

En el Regina Coeli llamamiento por la República Centroafricana

Decir no a la violencia y a la venganza

Una invitación «a rezar por la población de la República Centroafricana, donde en los días pasados han ocurrido graves violencias» dirigió el Papa a los fieles que a medio día del 6 de mayo participaron en el Regina Coeli en la plaza de San Pedro. Anteriormente, el Pontífice había comentado el Evangelio del VI domingo de Pascua, centrado en el mandato de Jesús «Permaneced en mi amor» (Juan 15, 9).

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este tiempo pascual, la Palabra de Dios continúa indicándonos estilos de vida coherentes para ser la comunidad del Resucitado. Entre estos, el Evangelio de hoy presenta el mandato de Jesús: «Permaneced en mi amor» (Juan 15, 9): permanecer en el amor de Jesús. Habitar en la corriente del amor de Dios, tomar demora estable, es la condición para hacer que nuestro amor no pierda por el camino su ardor y su audacia. También nosotros, co-



Al finalizar la oración mariana, el Pontífice recordó la beatificación que tuvo lugar el día anterior en Alemania de Clara Fey, lanzó un llamamiento por el país africano, y saludó a los grupos presentes, en particular a los representantes de la Asociación Meter, a quienes animó a continuar con el compromiso a favor de los menores víctimas de violencia.

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer, en Aquisgrana (Alemania), fue proclamada beata Clara Fey, fundadora de las Hermanas del Niño Jesús Pobre, que vivió en la segunda mitad del siglo XIX. Damos gracias a Dios por esta diligente testigo del Evangelio, atenta educadora de la juventud desfavorecida. Invito a rezar por la población de la República Centroafricana, país que tuvo la alegría de visitar y que llevo en el corazón, y donde en los días pasados han ocurrido graves violencias con numerosos muertos y heridos, entre los cuales, un sacerdote. Que el Señor, por intercesión de la Virgen María, ayude a todos a decir no a la violencia y a la venganza, para construir juntos la paz.

Os saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos, en particular a los procedentes de Oviedo (España), los estudiantes de Virbové (Eslovaquia) y los monaguillos de Berna. Un saludo especial va dirigido a los nuevos Guardias Suizos, a sus familiares y amigos, en el día de la fiesta de este histórico y benemérito Cuerpo. ¡Un aplauso para ellos!

Saludo a los representantes de la Asociación *Meter*, que animo a continuar con el compromiso a favor de los niños víctimas de la violencia; como también a los fieles de Piacenza y Borgoriccio y las atletas gimnastas de Castelfranco Emilia. He escuchado algunos cantos de los Neocatecumenales... ¡Ahí están! ¡Gracias! Gracias por vuestro trabajo de evangelización. ¡Estáis por todos lados, gracias!

Saludo también a todos los detenidos de la cárcel de Latina que están en este momento unidos a nosotros espiritualmente.

Os deseo a todos un buen domingo. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

mo Jesús y en Él, debemos acoger con gratitud el amor que viene del Padre y permanecer en este amor, tratando de no separarnos con el egoísmo y el pecado. Es un programa arduo pero no imposible. Primero es importante tomar conciencia de que el amor de Cristo no es un sentimiento superficial, no, es una actitud fundamental del corazón, que se manifiesta en el vivir como Él quiere. Jesús, de hecho, afirma: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor» (v. 10). El amor se realiza en la vida de cada día, en las actitudes, en las acciones; de otra manera es solamente algo ilusorio. Son palabras, palabras, palabras: eso no es el amor. El amor es concreto, cada día. Jesús nos pide cumplir sus mandamientos, que se resumen en esto: «que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (v. 12). ¿Cómo hacer para que este amor que el Señor resucitado nos dona pueda ser compartido por los demás? En más de una ocasión Jesús ha indicado quién es el otro a quien hay que amar, no con palabras, sino con los hechos. Es aquel que encuentro en mi camino y que, con su rostro y su historia, me interpela; es aquel que, con su misma presencia, me impulsa a salir de mis intereses y de mis seguridades; es aquel que espera mi disponibilidad a escuchar y a hacer una parte de camino juntos. Disponibilidad hacia cada hermano y hermana, sea quien sea y en cualquier situación

que se encuentre, empezando por quien está cerca de mí en la familia, en la comunidad, en el trabajo, en la escuela... De esta manera, yo permanezco unido a Jesús, su amor puede alcanzar al otro y atraerlo a sí, a su amistad. Y este amor por los demás no se puede reservar a momentos excepcionales, sino que se debe convertir en la constante de nuestra existencia. Es por esto que somos llamados, por ejemplo, a cuidar de los ancianos como un tesoro precioso y con amor, incluso si crean problemas económicos y dificultades, pero debemos cuidarlos. Es por esto que a los enfermos, también si están en la última etapa, debemos dar toda la asistencia posible. Por eso los no nacidos deben ser siempre acogidos; por esto, en definitiva, la vida debe ser siempre tutelada desde la concepción hasta su ocaso natural. Y esto es amor. Nosotros somos amados por Dios en Jesucristo, que nos pide amarnos como Él nos ama. Pero eso no podemos hacerlo si no tenemos en nosotros su mismo Corazón. La eucaristía, a la cual estamos llamados a participar cada domingo, tiene el fin de formar en nosotros el Corazón de Cristo, de tal forma que toda nuestra vida sea guiada por sus actitudes generosas. Que la Virgen María nos ayude a permanecer en el amor de Jesús y a crecer en el amor hacia todos, especialmente los más débiles, para corresponder plenamente a nuestra vocación cristiana.

A los neocatecumenales el Papa recuerda que solo caminando juntos se puede testimoniar a Cristo

Misión significa volverse discípulos

«Para anunciar es necesario renunciar», porque solo una Iglesia «desvinculada del poder y dinero, libera de triunfalismos y clericalismos, testimonia de forma creíble que Cristo libera al hombre». Lo recordó el Papa Francisco el sábado por la mañana, 5 de mayo, durante el encuentro con los miembros del Camino neocatecumenal reunidos en Tor Vergata con ocasión del 50º aniversario del inicio de la experiencia misionera en Roma.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Me alegra encontraros y decir hoy con vosotros: ¡gracias! Gracias a Dios y también a vosotros, sobre todo a aquellos que han hecho un largo viaje para estar aquí. Gracias por el «sí» que habéis dicho, por haber acogido la llamada del Señor a vivir el Evangelio y a evangelizar. Y un gracias muy grande también a quien comenzó el Camino Neocatecumenal hace cincuenta años.

Cincuenta es un número importante en la Escritura: en el quincuagésimo día, el Espíritu del Resucitado descendió sobre los apóstoles y manifestó al mundo la Iglesia. Aun antes, Dios había bendecido el quincuagésimo año: «Este año cincuenta será para vosotros un jubileo» (Levítico 25, 11). Un año santo, en el que el pueblo elegido vería nuevos hechos, como la liberación y el regreso a casa de los oprimidos: «Proclamareis en la tierra liberación para todos sus habitantes –había dicho el Señor– [...] Cada uno recobrará su propiedad, y cada cual regresará a su familia» (v. 10). Después de cincuenta años del Camino, sería hermoso que cada uno de vosotros dijera: «Gracias, Señor, porque realmente me has liberado; porque en la Iglesia he encontrado a mi familia; porque en tu Bautismo las cosas viejas han pasado y saboreo una vida nueva (cf. 2 Corintios 5, 17); porque a través del Camino me has indicado el sendero para descubrir tu tierno amor de Padre».

Queridos hermanos y hermanas, al final cantaréis el «Te Deum» de acción de gracias por el amor y la fidelidad de Dios». Es muy hermoso: dar gracias a Dios por su amor y por su fidelidad. A menudo le damos gracias por sus dones, por lo que nos da, y está bien hacerlo. Pero es todavía mejor darle gracias por lo que es, porque es el Dios fiel en el amor. Su bondad no depende de nosotros. Hagamos lo que hagamos, Dios sigue amándonos fielmente. Esta es la fuente de nuestra confianza, el gran consuelo de la vida. Así que, ¡ánimo, no os entristezcáis nunca! Y cuando las nubes de los problemas parezcan adensarse sobre vuestras jornadas, recordad que el amor fiel de Dios resplandece siempre, como el sol que no se pone. Acordaos de su bien, más fuerte que cualquier mal, y el dulce recuerdo del amor de Dios os ayudará en cada angustia.

Falta todavía un gracias importante: a los que vais a ir en misión. Siento que tengo que deciros algo, de todo corazón, precisamente sobre la misión, sobre la evangelización,



que es hoy la prioridad de la Iglesia. Porque misión es dar voz al amor fiel de Dios, es anunciar que el Señor nos ama y nunca se cansará de mí, de ti, de nosotros y de este mundo nuestro, del que, quizás, nosotros nos cansamos. Misión es donar lo que hemos recibido. Misión es cumplir el mandato de Jesús que hemos escuchado y sobre el cual me gustaría reflexionar con vosotros: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes» (Mateo 28, 19).

Id. La misión requiere partir. Pero en la vida es fuerte la tentación de quedarse, de no correr riesgos, de contentarse con tener la situación bajo control. Es más fácil quedarse en casa, rodeado de aquellos que nos quieren, pero no es el camino de Jesús. Él envía: «Id». No usa términos medios. No autoriza excursiones cortas o viajes reembolsados, sino que dice a sus discípulos, a todos sus discípulos, una palabra solo: «¡Id!» Id: una fuerte llamada que resuena en cada rincón de la vida cristiana; una clara invitación a estar siempre en salida, peregrinos en el mundo en busca del hermano que aún no conoce la alegría del amor de Dios.

¿Pero cómo se puede ir? Hay que ser ágil, no se pueden llevar todos los adornos de casa. Lo enseña la Biblia: cuando Dios liberó al pueblo elegido, hizo que fuera al desierto solo con el equipaje de su confianza en Él. Y cuando se hizo hombre, Él mismo caminó en la pobreza, sin tener donde reposar su cabeza (cf. Lucas 9, 58). Pide a los suyos el mismo estilo. Para viajar hay que ir ligeros. Para anunciar hay que renunciar. Solo una Iglesia que renuncia al mundo anuncia bien al Señor. Solo una Iglesia liberada del poder y del dinero, libre de triunfalismos y clericalismos testimonia de manera creíble que Cristo libera al hombre. Y quien, por su amor, aprende a renunciar a las cosas que pasan, abraza este gran tesoro: la libertad. No se queda enredado en sus apegos,

así como tampoco puede ser madre si antes no es hija. He aquí a nuestra Madre: una Iglesia humilde, hija del Padre y discípula del Maestro, feliz de ser hermana de la humanidad. Y esta dinámica del discípulado –el discípulo que hace discípulos– es totalmente diferente de la dinámica del proselitismo.

Aquí reside la fuerza del anuncio, para que el mundo crea. No cuentan los argumentos que convencen, sino la vida que atrae; no la capacidad de imponerse, sino el valor de servir. Y vosotros tenéis en vuestro ADN esta vocación para anunciar la vida en familia, siguiendo el ejemplo de la Sagrada Familia: con humildad, sencillez y alabanza. Llevad este ambiente familiar a tantos lugares desolados y privados de afecto. Hacedos reconocer como amigos de Jesús. Llamad amigos a todos y sed amigos de todos.

«Id y haced discípulos a todas las gentes». Y cuando Jesús dice todas parece que quiera subrayar que en su corazón hay lugar para cada pueblo. Nadie está excluido. Como los hijos para un padre y una madre: incluso si son muchos, grandes y pequeños, cada uno es amado con todo el corazón. Porque el amor, al darse, no disminuye, sino que aumenta. Y siempre está lleno de esperanza. Como los padres, que no ven en primer lugar los defectos y las faltas de sus hijos, sino a sus propios hijos y con esta perspectiva acogen sus problemas y sus dificultades, también así hacen los misioneros con los pueblos amados por Dios. No ponen en primera fila los aspectos negativos y las cosas para cambiar, sino que «ven con el corazón», con una mirada que aprecia, un enfoque que respeta, una confianza que tiene paciencia. Id así en misión, pensando que «jugáis en casa». Porque el Señor es de casa ante todos los pueblos y su Espíritu ya ha sembrado antes de vuestra llegada. Y pensando en nuestro Padre, que ama tanto al mundo (Juan 3, 16), sed apasionados de la humanidad, colaboradores de la alegría de todos (2 Corintios 1, 24), estimados por ser próximos, oíbles por estar al lado. Amad las culturas y tradiciones de los pueblos, sin aplicar modelos preestablecidos. No partáis de teorías y esquemas, sino de situaciones concretas: así será el Espíritu quien dará forma al anuncio según sus tiempos y sus formas. Y la Iglesia crecerá a su imagen: unida en la diversidad de los pueblos, de los dones y de los carismas.

Queridos hermanos y hermanas, vuestro carisma es un gran don de Dios para la Iglesia de nuestro tiempo. Demos gracias al Señor por estos cincuenta años. ¡Un aplauso por los cincuenta años! Y mirando a su paterna, fraterna y amorosa fidelidad, no perdáis nunca la confianza: Él os protegerá, empujándoos al mismo tiempo a ir, como discípulos amados, hacia todas las gentes, con sencillez humilde. Os acompaña y os animo: ¡adelante! ¡Y por favor no os olvidéis de rezar por mí, que me quedo aquí!

El gracias del Pontífice a la Guardia Suiza

Con discreción y profesionalidad

Aprecio por el «sentido eclesial», «la discreción» y la «profesionalidad» con la que la Guardia Suiza Pontificia desarrolla su servicio fue expresado por el Papa durante la audiencia del viernes, 4 de mayo, por la mañana en la sala Clementina, con ocasión del juramento de los nuevos reclutas.

Señor comandante,
reverendo capellán,
queridos oficiales y miembros de la Guardia Suiza,
ilustres invitados,
¡queridos hermanos y hermanas!

Os dirijo una cordial bienvenida, en particular a los reclutas y a sus familiares y amigos que han querido compartir estos días de fiesta. Saludo con deferencia a los representantes de las autoridades suizas, que han venido para esta ocasión. Vosotros, queridos Guardias, tenéis la posibilidad de prestar servicio durante un tiempo determinado en Roma, haciendo una singular experiencia de la universalidad de la Iglesia. Que este tiempo pueda fortalecer vuestra fe y acrecentar vuestro sentido de pertenencia a la comunidad eclesial.



La Guardia Suiza desempeña cotidianamente un valioso servicio al Sucesor de Pedro, a la Curia Romana y al Estado de la Ciudad del Vaticano. Se trata de un trabajo que se coloca en el surco de la fidelidad perseverante al Papa, que tuvo un momento significativo aquel 6 de mayo del 1527, cuando vuestros predecesores sacrificaron su vida durante el «saqueo de Roma». El recuerdo de ese acto heroico es una invitación constante a tener en cuenta y llevar a la práctica las cualidades típicas del Cuerpo: vivir con coherencia la fe católica, perseverar en la amistad con Jesús y en el amor hacia la Iglesia, ser alegres y diligentes en las grandes así como en las pequeñas y humildes tareas cotidianas, coraje y paciencia, generosidad y solidaridad con todos. Estas son las virtudes que estáis llamados a ejercer cuando prestáis el servicio de honor y de seguridad en el Vaticano, también cuando os quitáis el uniforme. Un Guardia Suizo, de hecho, siempre es tal, ¡tanto cuando está de servicio como cuando está fuera de servicio!

Es bello ver a un joven como vosotros que demuestra atención por los demás, y que con premura está disponible para los que lo necesitan. No siempre es fácil atestiguar esta actitud, pero con la ayuda del Señor es posible. Por lo tanto, no os canséis de encontrar al Señor Jesús en la oración comunitaria y personal, en la escucha atenta de la Palabra de Dios y en la participación devota en la eucaristía. El secreto de la eficacia de vuestro trabajo aquí en el Vaticano, así como de cada proyecto vuestro es, de hecho, la referencia constante a Cristo.

Aprovecho esta ocasión para renovar la expresión de mi agradecimiento a todo el Cuerpo de la Guardia Suiza Pontificia. Estoy admirado por la disciplina, el sentido eclesial, la discreción y la profesionalidad austera pero serena con la que desempeñáis cada día vuestro servicio. Doy gracias a Dios por los diferentes dones que Él os otorga y os aseguro mi apoyo y mi oración para que podáis hacer que fructifiquen. También vosotros, por favor, rezad por mí y ayudadme a servir a la Iglesia también con vuestra oración.

Que la Virgen María, que honramos de manera especial en el mes de mayo, y vuestros santos patronos os ayuden y os protejan. Con estos sentimientos, de todo corazón imparto a cada uno de vosotros la bendición apostólica que extendo a vuestros familiares y a vuestra patria.



Contra las reducciones ideológicas del poder

Prefacio del Papa Francisco a una antología de textos de su predecesor

La relación entre fe y política es uno de esos grandes temas que está desde siempre en el centro de la atención de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI, y que atraviesa todo su camino intelectual y humano. La experiencia directa del totalitarismo nazi lo condujo, ya siendo un joven estudiante, a reflexionar sobre los límites de la obediencia al Estado a favor de la libertad de la obediencia a Dios: «El Estado —escribe en este sentido en uno de los textos propuestos— no constituye la totalidad de la existencia humana ni abarca toda la esperanza humana. El hombre y su esperanza van más allá de la realidad del Estado y más allá de la esfera de la acción política. Y esto es válido no solo para un Estado al que se puede calificar de Babilonia, sino para cualquier tipo de Estado. El Estado no es la totalidad. Esto le quita un peso al hombre político y le abre el camino de una política racional. El Estado romano era falso y anticristiano precisamente porque quería ser el *totum* de las posibilidades y de las esperanzas humanas. Pretendía así lo que no podía realizar, con lo que defraudaba y empobrecía al hombre. Su mentira totalitaria le hacía demoníaco y tiránico».

Sucesivamente, también sobre esta misma base, acompañando a san Juan Pablo II, Joseph Ratzinger elabora y propone una visión cristiana de los derechos humanos capaz de debatir a nivel teórico y práctico con la pretensión totalitaria del Estado marxista y de la ideología atea sobre la que se fundaba.

Porque el auténtico contraste entre marxismo y cristianismo para Ratzinger no está, ciertamente, dado por la atención preferencial del cristiano por los pobres: «Deberíamos aprender —de nuevo no solo teóricamente, sino en el modo de pensar y en el actuar— que además de la presencia real de Jesús en el templo, en el sacramento, existe aquella otra segunda presencia real de Jesús en los más pequeños, en los pisoteados de este mundo, en los últimos: en todos ellos quiere él que lo encontremos», escribe Ratzinger ya en los años setenta con una profundidad teológica y, a la vez, con esa inmediata accesibilidad, que son propias del auténtico pastor. Ese contraste tampoco está dado, como él mismo subraya a mitad de los años ochenta, por la falta de un sentido de equidad y solidaridad en el magisterio de la Iglesia y, por tanto, «en la denuncia del escándalo de las claras desigualdades entre ricos y pobres —se trate de desigualdades entre países ricos y países pobres o de desigualdades entre círculos sociales en el ámbito del mismo territorio nacional que no es ya tolerado—».

El profundo contraste, nota Ratzinger, está dado, más bien (y antes que por la pretensión marxista de situar el cielo en la tierra y la redención del hombre en el más acá), por la diferencia abismal que subsiste en referencia al cómo deba tener lugar la redención: «La redención, ¿acontece por la liberación de toda dependencia, o su único camino es la plena dependencia del amor, que, entonces, sería también la verdadera libertad?».

Y así, con un salto de treinta años, Ratzinger nos acompaña a la comprensión de nuestro presente, dando testimonio de la inmutable frescura y vitalidad de su pensamiento.

Hoy, de hecho, más que nunca, se propone nuevamente la mismísima tentación del rechazo de toda dependencia del amor, salvo el amor del hombre por su propio ego, por el «yo y sus caprichos»; y, por tanto, el peligro de la «colonización» de las conciencias por parte de una ideología que niega la certeza de fondo según la cual el hombre existe como varón y mujer y a ellos se les asigna la tarea de la transmisión de



la vida. Esa ideología lleva a la producción planificada y racionalizada de seres humanos y —quizás incluso por algún fin que se considera «buenos»— a considerar lógico y lícito eliminar aquello que no se considera ya creado, donado, concebido y generado, sino hecho por nosotros mismos.

Estos aparentes «derechos» humanos que están totalmente orientados a la autodestrucción del hombre —y esto es lo que nos muestra con fuerza y eficacia Joseph Ratzinger— tienen un único denominador común, que consiste en una única y gran negación: la negación de la dependencia del amor, la negación de que el hombre es criatura de Dios, hecho amorosamente por Él

Fe y política

Anticipamos el prefacio, firmado por el Papa Francisco, a una antología de textos de su predecesor (*Liberar la libertad. Fe y política en el tercer milenio*, Editado por Pierluca Azzaro y Carlos Granados, BAC). La antología comprende textos escritos entre el 1971 y el 2014 y es el segundo volumen de una serie en seis lenguas que se inició en 2016 con una recopilación dedicada al sacerdocio. Están previstos otros títulos sobre ciencia y fe, Europa, minorías creativas, universidad, eucaristía. A la relación entre fe y política Ratzinger había dedicado en 1971 el libro, poco co-

nocido, *La unidad de las naciones*. Una visión de los Padres de la Iglesia, del que se han tomado un cuarto de los textos de la nueva antología.

Ya en 1961 y en 1963 el joven teólogo bávaro había anticipado las líneas fundamentales de su visión de la política —inspirada sobre todo en Orígenes y Agustín— en dos amplios artículos, reelaborados después en el libro que fue en seguida traducido al español, italiano, portugués y fue reeditado en 2009 por la Morcelliana de Brescia. (g.m.v.)

a su imagen para que lo anhele, como busca la cierva corrientes de agua (*Salmos 41*).

Cuando se niega esta dependencia entre criatura y creador, esta relación de amor, se renuncia en el fondo a la verdadera grandeza del hombre, al baluarte de su libertad y dignidad.

Así, la defensa del hombre y de lo humano contra las reducciones ideológicas del poder pasa hoy, de nuevo, por fijar la obediencia del hombre a Dios como límite de la obediencia al Estado.

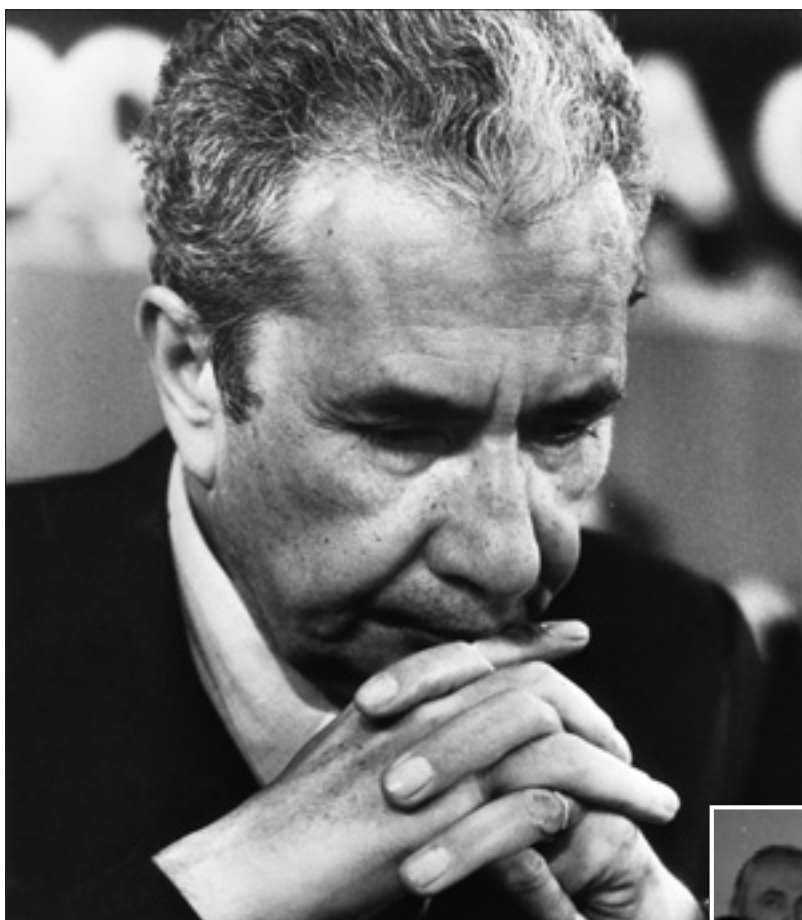
Recuperar este desafío, en el verdadero y claro cambio de época que hoy vivimos, significa defender la familia. Por su parte, ya san Juan Pablo II había comprendido bien el alcance decisivo de la cuestión; llamado, con razón, el «papa de la familia», subrayaba no por casualidad que «el futuro de la humanidad pasa a través de la familia» (*Familiaris consortio*, 86). Y, en esta misma línea, también yo he insistido en que «el bien de la familia es decisivo para el futuro del mundo y de la Iglesia» (*Amoris laetitia*, 31).

Y así, me alegro particularmente de poder introducir este segundo volumen de textos seleccionados de Joseph Ratzinger sobre el tema «fe y política».

Junto a su impresionante *Opera omnia*, los textos nos ayudarán ciertamente a todos nosotros a comprender nuestro presente y a encontrar una sólida orientación para el futuro, pero también serán verdadera y auténtica fuente de inspiración para una acción política que, poniendo a la familia, la solidaridad y la equidad en el centro de su atención y de su programación, se orienten de veras al futuro con longuitud de mira.

En recuerdo de Aldo Moro

El hombre de la escucha



Aldo Moro fue en dos ocasiones primer ministro de Italia y fue secuestrado el 16 de marzo de 1978 en Roma por el comando terrorista de las Brigadas Rojas, que asesinó en el acto a sus cinco escoltas. El cautiverio de Moro duró 55 días. Permaneció todo el tiempo en una falsa habitación camuflada detrás de una librería de uno de los ambientes de un piso de la vía Montalcini de Roma. El 9 de mayo de 1978 fue asesinado con una metralla, su cuerpo fue encontrado en el portaequipajes de un Renault 4 color rojo, abandonado en vía Caetani, una céntrica calle de Roma donde se entrecruza la dirección de la sede de la ex Democracia Cristiana con la del ex Partido Comunista Italiano, con el que se dice que el político quería llegar a un acuerdo. Moro intentaba salvar el sistema político italiano que nació después de la guerra, favoreciendo el compromiso histórico que permitiera la estabilidad de la democracia italiana. Con su muerte, la Primera República comenzó a entrar en crisis. La familia pidió el mismo día del hallazgo del cuerpo sin vida que se respetara la voluntad expresada por el propio Moro al final de su cautiverio: no quería ni manifestaciones públicas, ni ceremonias, ni discursos, ni luto nacional, ni ceremonias de Estado, ni medallas póstumas. «La historia juzgará la vida y la muerte de Aldo Moro», concluía.

GIOVANNI MARIA VIAN

El secuestro y el asesinato de Aldo Moro y el recuerdo todavía incrédulo y angustiado de esos días marcó de forma indeleble la historia italiana de los últimos decenios. Todo esto no debe, sin embargo, oscurecer la figura y la obra de este hombre que Pablo VI en la carta del 21 de abril de 1978 a las Brigadas Rojas definió «bueno y honesto, al que nadie puede culpar de ningún delito, o acusar de escaso sentido social y de falta de servicio a la justicia y a la pacífica convivencia civil». Pocas horas después del asesinato, en el *Osservatore Romano* del 10 de mayo de 1978, junto al comentario del director Valerio Volpini fue publicado un recuerdo de Moro escrito por Raimondo Manzini, que había dirigido el periódico desde 1960 hasta el inicio de ese año, solo pocas semanas antes del increíble secuestro que conllevó la masacre despiadada de los cinco hombres de la escolta del estadista italiano. «Era el hombre “de la escucha”: y por eso más espeluznante, odiosa e imperdonable es la violencia contra su persona, respetuosa con todos, abierta a la socialidad, atenta a los movimientos y a los fenómenos de la historia, para comprenderlos y dirigirlos humanamente. Hay algo, en este delito, de inexplicable y de deshumano más allá de cualquier otro crimen» escribía Manzini. Y continuaba: «Revisamos y repensamos con tormento indescriptible ese rostro suyo un poco triste, penoso, en el cual estaba como el perenne interrogante de quien busca comprender y penetrar en los “demás”, y las situaciones cambiantes para evaluar su peso, para desentrañar su significado».

Y proseguía Manzini: «Recuerdo a Aldo Moro, Secretario del Partido, en algunas reuniones con



Aldo Moro junto a su mujer

los exponentes y representantes políticos de las periferias, escuchando horas y horas, paciente, atento, sin signos de cansancio, las intervenciones más variadas, para darse cuenta de cuáles eran los problemas, las expectativas, los estados de ánimo de las distintas regiones y solo “después”, pasados varios días, con el debate concluido, tomaba una decisión directiva».

El 13 de mayo en el Laterano, el Papa participó en el funeral del estadista asesinado y en la dramática oración señaló el «legado que sobrevive de su recta conciencia, de su ejemplo humano y cordial, de su dedicación a la redención civil y espiritual». Describiendo un legado que permanece.

Contra las esclavitudes de hoy

Videomensaje del Papa

Publicamos el texto del videomensaje enviado por el Papa Francisco a los participantes del segundo fórum internacional sobre la esclavitud moderna organizado por la diócesis ortodoxa de Buenos Aires y por el Instituto ortodoxo Patriarca Atenágoras de Berkeley, California, con el patrocinio del Patriarcado ecuménico. El fórum, en curso desde el 5 al 8 de mayo en la capital argentina, está dedicado al tema «Viejos problemas en el nuevo mundo».

Queridos hermanos y hermanas:

Acogí con agrado la invitación para dirigirles un saludo a ustedes, que están participando en este Fórum sobre las formas modernas de esclavitud: «Viejos problemas en el nuevo mundo», organizado, por la Arquidiócesis ortodoxa de Buenos Aires, guiada por el querido Metropolitano Tarasios, y por el Instituto Ortodoxo Patriarca Atenágoras de Berkeley en California y cuenta con el patrocinio del Patriarcado ecuménico. Antes de nada, manifiesto mi más sentido agradecimiento al Patriarca ecuménico, Su Santidad Bartolomé I, y al Arzobispo de Canterbury, Su Gracia Justin Welby, que el año pasado inauguraron estos Fórum. Me consuela saber que compartimos la misma preocupación por las víctimas de la esclavitud moderna.

La esclavitud no es algo de otros tiempos. Es una práctica que tiene raíces hondas y se manifiesta todavía hoy y en muchas formas diversas: tráfico de seres humanos, explotación del trabajo a través de deudas, explotación de niños, explotación sexual y de trabajos domésticos forzados son algunas de las tantas formas. Cada una es más grave y deshumana que las otras. A pesar de la falta de información que tenemos a disposición desde algunas regiones del mundo, las cifras son dramáticamente elevadas y, muy probablemente, subestimadas. Según algunas estadísticas recientes, habría más de 40 millones de personas, hombres, pero sobre todo mujeres y niños, que sufren la esclavitud. Solo para hacernos una idea podemos pensar que si vivieran en una única ciudad, sería la más grande megalópolis de nuestro planeta y tendría, más o menos, cuatro veces más la población de toda el área urbana de Buenos Aires y gran Buenos Aires.

Ante esta realidad trágica, nadie puede lavarse las manos si no quiere ser, en cualquier modo, cómplice de este crimen contra la humanidad. Una primera tarea que se impone es poner en acción una estrategia que permita un conocimiento mayor del tema, rompiendo ese velo de indiferencia que parece cubrir la suerte de esta porción de la humanidad que sufre, que está sufriendo. Parece ser que muchos no desean comprender el alcance del problema. Hay algunos que, al estar involucrados directamente en organizaciones criminales, no quieren que se hable de esto, simplemente porque sacan elevados beneficios gracias a las nuevas formas de esclavitud. También está quien, aun conociendo el problema, no quiere hablar porque se encuentra allí donde termina la «cadena



de consumo», como consumidor de los «servicios» que ofrecen hombres, mujeres y niños convertidos en esclavos. No podemos hacernos los distraídos: todos estamos llamados a salir de cualquier forma de hipocresía, afrontando la realidad de que somos parte del problema. El problema no está en la vereda de enfrente: me involucra. No nos está permitido mirar hacia otra parte y declarar nuestra ignorancia o nuestra inocencia.

Una segunda gran tarea es la de actuar en favor de quienes son convertidos en esclavos: defender sus derechos, impedir que los corruptos y los criminales escapen de la justicia y tengan la última palabra sobre las personas explotadas. No es suficiente que algunos Estados y Organismos internacionales adopten una política particularmente dura al querer castigar la explotación de los seres humanos, si después no se afrontan las causas, las raíces más profundas del problema. Cuando los países sufren pobreza extrema, sufren violencia y corrupción, ni la economía, ni el marco legislativo ni las infraestructuras de base son eficaces; no logran garantizar la seguridad ni los bienes ni los derechos esenciales. De este modo, es más fácil que los autores de estos crímenes sigan actuando con total impunidad. Además, hay un dato sociológico: la criminalidad organizada y el tráfico ilegal de seres humanos eligen sus víctimas entre las personas que hoy tienen escasos medios de subsistencia y todavía menos espe-

ranzas para el futuro. Para ser más claro: entre los más pobres, entre los más postergados, los más descartados. La respuesta de base reside en crear oportunidades para un desarrollo humano integral, iniciando con una educación de calidad: este es el punto clave, educación de calidad desde la primera infancia, para seguir generando después nuevas oportunidades de crecimiento a través del empleo. Educación y empleo.

Este trabajo inmenso, que requiere valentía, paciencia y perseverancia, necesita un esfuerzo común y global por parte de los diversos actores que componen la sociedad. También las Iglesias deben empeñar su tarea en esto. Mientras individuos y grupos especulan vergonzosamente sobre la esclavitud, nosotros cristianos, todos juntos, estamos llamados a desarrollar cada vez más una mayor colaboración, para que se supere todo tipo de desigualdad todo tipo de discriminación, que son precisamente las que hacen posible que un hombre pueda hacer esclavo a otro hombre. Un compromiso común para afrontar este desafío será una ayuda valiosa para la construcción de una sociedad renovada y orientada a la libertad, a la justicia y a la paz.

Deseo que este Fórum tenga buen éxito; pido al Señor que los bendiga a ustedes y bendiga el trabajo que están haciendo. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.

La homilía del Pontífice

Misa en Santa Marta

El cristiano existe para servir

Cuánto podría aprender todo cristiano si, con «humildad», se dejara mirar por Jesús «con la misma mirada» con la que el maestro miró a sus amigos durante la última cena. Podría compartir el privilegio que fue de los apóstoles de recibir y comprender qué significa para su vida la «herencia de Jesús», el «testamento» que Él les encomendó en dos gestos: la institución de la eucaristía y el lavatorio de los pies.

Al el momento supremo en el que «Jesús se despidió» de los apóstoles antes de la Pasión, el Papa Francisco dedicó la meditación durante la misa celebrada en Santa Marta el jueves 26 de abril. El motivo fue, como es habitual, el Evangelio del día, tomado de un pasaje de Juan (16-20) en el que «en la alegría del tiempo pascual» la Iglesia hace meditar sobre «un momento triste, de angustia»: ese en el que Jesús, que «sabe qué sucederá», se despidió «con ese discurso largo, bonito, de los capítulos de Juan» que precede las horas del Getsemaní y la Pasión.

«En esta despedida», subrayó el Pontífice, el Señor realiza «dos gestos, que son instituciones: dos gestos para los discípulos y para toda la Iglesia que vendrá. Dos gestos que son el fundamento, por así decir, de su doctrina: la institución de la eucaristía y el lavatorio de los pies. De estos dos gestos «nacen los dos mandamientos: los dos mandamientos que harán crecer a la Iglesia si nosotros somos fieles».

En primer lugar, dijo Francisco, está el «primer mandamiento» que es el «del amor». Y es «nuevo» porque, explicó, «estaba el mandamiento del amor —amar al prójimo como a mí mismo— pero esto da un paso más: amar al prójimo como yo os he amado». Por tanto: «el amor sin límites», sin el cual «la Iglesia no va adelante, la Iglesia no respira. Sin el amor, no crece, se transforma en una institución vacía, de apariencias, de gestos sin fecundidad». Con la

eucaristía, en la que Jesús «da de comer su cuerpo y de beber su sangre», él «dice cómo debemos amar nosotros, hasta el final».

Está también el otro gesto, el del lavatorio de los pies, en el que «Jesús nos enseña el servicio, como camino del cristiano». De hecho, «el cristiano existe para servir, no para ser servido». Y es una regla que vale «toda la vida». Todo está encerrado ahí: de hecho, «muchos hombres y mujeres en la historia», que se lo han «tomado en serio», han dejado «rastros de verdaderos cristianos: de amor y de servicio».

Sintetizó el Papa: «La herencia de Jesús fue esta: «Amaos como yo he amado» y «servid los unos a los otros». Lavad los pies los unos a los otros, como yo os he lavado los pies a vosotros».

Durante la última cena, por tanto, el Señor dejó los dos mandamientos del amor y del servicio y después «una advertencia» que se lee precisamente en el breve pasaje evangélico propuesto por la liturgia del día: «Vosotros debéis amar como siervos, debéis servir, porque sois siervos». Y la explicación de estas palabras, observó el Pontífice, «es también una regla de vida: «En verdad, en verdad os digo: un siervo no es más grande que su patrón, ni un invitado es más grande que quien lo ha mandado». Es decir: «Vosotros podréis celebrar la eucaristía, vosotros podéis servir, pero enviados por mí, mandados por mí. Vosotros no sois más grandes que yo». Se trata, en sustancia, de la «actitud de la humildad sencilla, no de la humildad fingida»: de la humildad que viene de la «conciencia de que Él es más grande que todos nosotros, y nosotros somos siervos, y no podemos superar a Jesús, no podemos usar a Jesús. Él es el Señor, no nosotros. Él es el Señor».

Este es por tanto «el testamento del Señor. Se da de comer y beber, y nos dice: amaos así. Lava los pies, y nos dice: servíos así, pero estad atentos, un siervo nunca es más grande que el que le envía». En pocas líneas, dijo Francisco, el «fundamento de la Iglesia». Son «palabras y gestos contundentes» comentó el Papa. Pero «si nosotros vamos adelante con estas tres cosas, no nos equivocaremos nunca. Nunca, nunca, nunca». Radical, fuerte, pero «sencillo». Por otro lado, apuntó, «los mártires han ido adelante así». Y también «muchos santos anónimos, en la vida de la Iglesia, fueron así —los santos escondidos— con esta conciencia de ser siervos».

Un programa de vida por el cual, dijo el Papa prosiguiendo en la relectura del Evangelio, «hay una advertencia: «Yo conozco a quienes he elegido». De hecho, el Señor dice: «sé que uno de vosotros me traicionará». ¿Qué significa? Significa que «Jesús nos conoce. Jesús me conoce». De aquí la sugerencia del Pontífice a cada cristiano: «Creo que nos hará bien, a todos nosotros, un momento de silencio, dejarse mirar por el Señor y mirar al Señor», reconocer que Jesús nos ha «enseñado el amor, con la eucaristía» y «el servicio con el lavatorio de los pies», entender que ninguno es más grande que el que le ha enviado» y ser conscientes de estar frente a quien nos conoce. En ese momento, añadió Francisco, está bien «dejar que la mirada de Jesús entre en mí. Sentiremos muchas cosas: sentiremos amor», o quizá «estaremos bloqueados ahí, sentiremos vergüenza». En cualquier caso «dejar siempre que la mirada de Jesús venga. La misma mirada con la cual miraba en la cena, esa noche, a los suyos».

Es una meditación en la cual el hombre puede humildemente decir: «Señor tú conoces, tú sabes todo», como Pedro, en Tiberíades, que afirmó: «Tú conoces todo, tú sabes todo. Tú sabes que te amo». El Señor de hecho sabe qué hay dentro del corazón de cada uno. Se trata, concluyó el Pontífice, de una «bonita oración», gracias a la cual «sentiremos muchas cosas».





El cielo es un encuentro

Para los cristianos el cielo no es «abstracto o lejano» sino que es «el encuentro cara a cara con Jesús» que, mientras «nosotros estamos en camino», nos espera «y reza por cada uno de nosotros». Recordando la fidelidad de Dios a su promesa, el Papa Francisco celebró la misa el viernes 27 de abril en Santa Marta.

Al referirse a la predicación de Pablo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, así como está reportada en el pasaje de los Hechos de los apóstoles propuesto por la liturgia (13, 26-33), el Pontífice repropuso la parte final: «Y nosotros os anunciamos que la propuesta hecha a los padres se ha realizado, porque Dios la ha cumplido por nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús, como también está escrito en el segundo salmo: “Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy”».

Es «la promesa que había hecho Dios», explicó el Papa. Y «el pueblo se puso en marcha con esta propuesta en el corazón». Por lo tanto, «el pueblo de Dios comenzó a caminar con esta promesa en el corazón», con «la conciencia de ser un pueblo elegido» que «sentía la elección de Dios», con «seguridad» —porque «esta elección daba una seguridad en el sello de la alianza que había hecho el pueblo con Dios»— y también «con la esperanza de la promesa que Dios les había dado».

Esta promesa del pueblo de Dios en camino desde el inicio, dice Pablo, se realizó porque Dios la llevó a cabo para nosotros, en Jesucristo» insistió el Pontífice. Y «el pueblo se fiaba de la promesa —continuó— porque sabía que Dios es fiel, tenía esa conciencia». Por el resto, «la infidelidad estaba en el pueblo: muchas, muchas infidelidades en el camino. Pero Dios permanecía siempre fiel y por eso» el pueblo «iba adelante, fiándose de la fidelidad de Dios».

«También nosotros estamos en marcha» hizo presente el Papa. «Estamos en marcha y cuando» nos preguntamos: «pero en camino» hacia dónde, respondemos: «sí, al cielo». Y «¿qué es el cielo?». He aquí, afirmó Francisco, que «comenzamos a resbalar en las respuestas, no sabemos bien cómo decir “qué es el cielo”». Tal vez «muchas veces pensamos en un cielo abstracto, en un cielo lejano, un cielo» que «sí, se esta bien allí».

En cambio, «nosotros caminamos hacia un encuentro: el encuentro definitivo con Jesús» recordó el Pontífice. Y así «el cielo es el encuentro con Jesús y nosotros preparamos este encuentro con los encuentros que hacemos en el camino de la vida del Señor». Pero «el encuentro definitivo, pleno, que nos hará disfrutar para toda la vida —como hemos rezado en la oración de colecta— será siempre con Jesús: un encuentro cara a cara». Porque «Jesús, Dios y hombre, Jesús, en cuerpo y alma nos espera».

Francisco sugirió «volver a este pensamiento: “Estoy caminando en la vida para encontrarme con Jesús”». Un pensamiento «tan simple». Con una conciencia: «Jesús, mientras tanto», no está «sentado allí esperando por nosotros, esperándome: no, Él mismo, en el Evangelio nos dice qué hace: “Creed también en mí; porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo”». Son las palabras proclamadas en el pasaje de Juan (14, 1-6) propuesto por la liturgia del día.

«Jesús nos prepara un lugar, Jesús trabaja, en este momento por nosotros», relanzó el Papa. Y «el trabajo de Jesús» es «la intercesión, la oración de intercesión». Así «su sacerdocio que se consumió en la pasión continúa en el cielo con la intercesión: Jesús reza por mí, por cada uno de nosotros».

Pero «esto debemos repetirlo para convencernos: Él es fiel y Él reza por mí, en este momento». Tanto que «la imagen de la intercesión —las manos así, para hacer ver al Padre las llagas de la pasión— se la llevó consigo». Porque «Jesús reza por mí».

«Hay un pasaje en el Evangelio, en la última cena, cuando Jesús le dice a Pedro: “Rezaré por ti”, recordó el Papa, al señalar que «lo que le dice a Pedro nos lo ha dicho a todos nosotros: “Yo rezo por ti”». Por lo tanto, «cada uno de nosotros debe decir: Jesús está orando por mí, está trabajando, nos está preparando para ese lugar». Y «Él es fiel: lo hace porque lo prometió». Por lo tanto, «el cielo será esta reunión, un encuentro con el Señor que fue allí para preparar el lugar, el encuentro de cada uno de nosotros». Y «esto nos da confianza, aumenta la confianza».

«Yo rezo, pero Él reza por mí» es la verdad sobre la que el Papa quiso poner el acento. «Por esto —explicó— cuando rezamos siempre le decimos al Padre “por nuestro Señor Jesucristo”, porque las oraciones siempre pasan por el que está orando por nosotros». Es precisamente «intercesión, Jesús es el sacerdote intercesor: primero fue el sacerdote que dio su vida por nosotros; ahora él es el sacerdote intercesor, hasta el último momento del mundo». Y «esto debe darnos confianza, aumentar la confianza» de que en el cielo «me están esperando» y que Jesús «está orando por mí» y está preparando «el hogar para mí».

En conclusión, Francisco expresó el deseo «de que el Señor nos dé esta conciencia de estar en el camino con esta promesa en la mano pero también en el corazón». Y «con la conciencia de ser elegido, porque el Señor nos ha elegido a todos y a cada uno de nosotros».

Un camino a seguir «tratando de hacer continuamente, renovar el pacto de fidelidad, para ser más fieles porque Él es fiel». Y así, «el Señor nos da esta gracia para mirar hacia arriba y pensar: “El Señor está rezando por mí”».

En la audiencia general el Pontífice habla del bautismo

Un sello que no se pierde nunca

«Renacidos hijos de Dios» a través del bautismo, «lo somos para siempre». Es lo que subrayó el Papa Francisco en la audiencia general del miércoles, 9 de mayo en la plaza San Pedro. Continuando con el ciclo de catequesis dedicadas al sacramento de la iniciación cristiana, el Pontífice habló del rito central del «lavacro santo» acompañado de la invocación a la trinidad.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La catequesis sobre el sacramento del bautismo nos lleva a hablar hoy del lavacro santo acompañado por la invocación de la Santísima Trinidad, o sea al rito central que propiamente «bautiza» —es decir sumerge— en el Misterio pascual de Cristo (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1239). El sentido de este signo lo recuerda san Pablo a los cristianos de Roma, preguntando antes: «¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados por su muerte?» y después respondiendo: «Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vi-

tagógica 2, 4-6; PG 33, 1079-1082). El renacimiento del nuevo hombre exige que sea reducido a polvo el hombre corrompido por el pecado. Las imágenes de la tumba y del vientre materno referidas a la pila, son de hecho muy incisivas para expresar cuanto sucede de grande a través de gestos sencillos del bautismo. Me gusta citar la inscripción que se encuentra en el antiguo baptisterio romano del Laterano, en el que se lee, en latín, esta expresión atribuida al Papa Sixto III. «La Madre Iglesia da a luz virginalmente mediante el agua a los hijos que concibe por el aliento de Dios. Los que habéis renacido de esta pila, esperad el reino de los cielos». Es bonito: la Iglesia que nos hace nacer, la Iglesia que es vientre, es madre nuestra por medio del bautismo. Si nuestros padres nos han generado a la vida terrena, la Iglesia nos ha

repite, porque imprime un sello espiritual indeleble: «Este sello no es borrado por ningún pecado, aunque el pecado impida al Bautismo dar frutos de salvación» (*CIC*, 1272). El sello del bautismo no se pierde nunca. «Padre, pero si una persona se convierte en un bandido, de los más famosos, que mata a gente, que comete injusticias, ¿el sello no se borra?». No. Para su propia vergüenza el hijo de Dios que es aquel hombre hace estas cosas, pero el sello no se borra. Y continúa siendo hijo de Dios, que va en contra de Dios pero Dios nunca reniega de sus hijos. ¿Habéis entendido esto último? Dios nunca reniega de sus hijos. ¿Lo repetimos todos juntos? «Dios nunca reniega de sus hijos». Un poco más fuerte, que yo o estoy sordo o no he entendido: [repite más fuerte] «Dios nunca reniega de sus hijos». He aquí, así está bien. Incorporados a Cristo por medio del bautismo, los bautizados se conforman, por lo tanto, a Él, «el primogénito entre muchos hermanos» (*Romanos* 8, 29). Mediante la acción del Espíritu Santo, el bautismo purifica, santifica, justifica, para formar en Cristo, de muchos un solo cuerpo (cf. *1 Corintios* 6, 11; 12, 13). Lo expresa la unción del crisma, «que es señal del sacerdocio real y de su agregación a la comunidad del pueblo de Dios» (*Rito del bautismo de los niños*, Introducción, n. 18, 3). Por ello, el sacerdote unge con el sagrado crisma la cabeza de cada bautizado, después de haber pronunciado estas palabras que explican el significado: «Dios mismo os consagra con el crisma de salvación, para que inseridos en Cristo, sacerdote, rey y profeta, seáis siempre miembros de su cuerpo para la vida eterna» (*ibid.*, n. 71).

Hermanos y hermanas, la vocación cristiana está toda aquí: vivir unidos a Cristo en la santa Iglesia, participes de la misma consagración para desarrollar la misma misión, en este mundo, llevando frutos que duran para siempre.

Animado por el único Espíritu, de hecho, todo el Pueblo de Dios participa en las funciones de Jesucristo, «Sacerdote, Rey y Profeta» y lleva las responsabilidades de misión y servicio que se derivan (cf. *CIC*, 783-786). ¿Qué significa participar del sacerdocio real y profético de Cristo? Significa hacer de sí una oferta grata a Dios (cf. *Romanos* 12, 1) ofreciéndole testimonio por medio de una vida de fe y de caridad (cf. *Lumen gentium*, 12), poniéndola al servicio de los demás, sobre el ejemplo del Señor Jesús (cf. *Mateo* 20, 25-28; *Juan* 13, 13-17). Gracias.

El Papa renovó el llamamiento «para cultivar la devoción a la Madre de Dios con el rezo cotidiano del rosario, rezando en particular por la paz en Siria y en el mundo entero». La invitación fue dirigida a los fieles de lengua árabe, saludados al finalizar la catequesis, junto a los demás grupos lingüísticos presentes.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española venidos de España y Latinoamérica.

¿En este tiempo pascual, los invito a considerar la grandeza de la vocación cristiana que recibimos en el bautismo, y vivirla unidos a Cristo en la Iglesia, de modo que pueda dar frutos abundantes en una vida de fe y de caridad, al servicio de los hermanos.

Muchas gracias.



vamos una vida nueva» (*Romanos* 6, 3-4). El bautismo nos abre la puerta a una vida de resurrección, no a una vida mundana. Una vida según Jesús.

¡La pila bautismal es el lugar en el que se hace Pascua con Cristo! Es sepultado el hombre viejo, con sus pasiones engañosas (cf. *Efesios* 4, 22), para que renazca una nueva criatura; realmente las cosas viejas han pasado y han nacido nuevas (cf. *2 Corintios* 5, 17). En las «catequesis» atribuidas a san Cirilo de Jerusalén se explica a los neobautizados lo que les ha sucedido en el agua del bautismo. Es bonita esta explicación de san Cirilo: «En el mismo momento habéis muerto y habéis nacido, y aquella agua llegó a ser para vosotros sepulcro y madre» (n. 20, *Mis-*

regenerado a la vida eterna del bautismo. Nos hemos convertido en hijos en su Hijo Jesús (cf. *Romanos* 8, 15; *Gálatas* 4, 5-7). También sobre cada uno de nosotros, renacidos del agua y del Espíritu Santo, el Padre celeste hace resonar con infinito amor su voz que dice: «Tú eres mi hijo amado» (cf. *Mateo* 3, 17). Esta voz paterna, imperceptible al oído pero bien audible para quien cree, nos acompaña para toda la vida, sin abandonarnos nunca. Durante toda la vida el Padre nos dice: «Tú eres mi hijo amado, tú eres mi hija amada».

Dios nos ama mucho, como un Padre y no nos deja solos. Esto desde el momento del bautismo. Renacidos hijos de Dios, lo somos para siempre. El bautismo, de hecho, no se